

NOTA PRELIMINAR

NOTA PRELIMINAR

Los capítulos que integran este libro constituyen, en su mayoría, ensayos y artículos aparecidos en diarios y revistas de Caracas, entre 1956 y 1961. El material que presentamos ha sido seleccionado con la idea de ofrecer al lector una visión unitaria y, en cierto modo, didáctica del desarrollo del arte venezolano, desde sus orígenes hasta hoy. Ajustándonos en lo posible a la intención pedagógica de la Colección Vigilia, hemos evitado el terreno de la especialización en nuestra obra, de manera que ésta resulte asequible a la mayoría de lectores. La naturaleza de los temas y el interés polémico que ellos despiertan a diario en la nación, contribuirán, sin duda, a hacer más comprensible la materia de este libro.

Es un hecho que en Venezuela el estudiante tropieza a menudo con la falta de una bibliografía que le permita recibir información básica sobre nuestros pintores y escultores. Este obstáculo es aún mayor cuando se trata de conocer los movimientos artísticos registrados en Caracas después de 1945. Las mismas lagunas se observan en el caso de los pintores del Círculo de Bellas Artes, si exceptuamos a Armando Reverón, cuya obra ha sido analizada con algún detenimiento. Pero no existían, hasta ahora, trabajos monográficos sobre artistas del Círculo de la importancia de Rafael Monasterios, Marcos Castillo, Federico Brandt y Nicolás Ferdinandov, a todos los cua-

les estudiamos aisladamente en este libro. En cuanto al siglo XIX, pensamos que se impone la necesidad de una investigación desapasionada que revise con el rigor necesario el acopio histórico de que disponemos.

Faltaba, además, en los estudios sobre arte venezolano, un enfoque orgánico que permitiese enlazar, bajo un criterio selectivo, las experiencias del siglo XIX con la experiencia contemporánea. Creemos sinceramente estar contribuyendo con este libro a crear ese punto de vista que hará posible descubrir las identidades en la obra de nuestros pintores, a lo largo de todo un proceso histórico. En otras palabras, nos hemos propuesto mostrar al lector un esquema de lo que podría ser nuestra más auténtica tradición pictórica. Existe una herencia estilística que pasa de Juan Lovera a Rojas, de Rojas a Brandt y a Reverón y de éstos a los pintores informalistas. Importa subrayar este hecho para refutar a ciertos autores que, al hablar de la pintura venezolana, se remiten de manera exclusiva a la exigencia de una contemporaneidad impuesta por la pintura francesa, permaneciendo ajenos a la experiencia personal de los artistas nacionales y a las circunstancias por las cuales ellos atravesaron.

Nos creemos, finalmente, en la obligación moral de agradecer a los señores Oscar Sambrano Urdaneta, Enrique Bernardo Núñez, Ludovico Silva, Carlos Salvatierra y a la señorita Lucía Quintero Yanes, la colaboración que nos prestaron para la realización de este libro.

J. C.

UNA VISION DE LA PINTURA VENEZOLANA

El comienzo de la pintura venezolana data de los últimos tiempos de la Colonia. La tradición de un arte con características nacionales ya se expresaba a través de una línea de creación que va de la obra de los pintores que a fines del siglo XVIII formaron la llamada escuela caraqueña y desde los retratos de Juan Lovera, hasta los más variados desarrollos de una pintura popular y anónima, impregnada de un profundo carácter religioso. Este arte popular, cuyo origen se remonta a la Colonia, constituye uno de los más ricos legados de Venezuela y es testimonio fehaciente de la sensibilidad plástica de nuestro pueblo.

Las primeras obras de pintura llegaron de México, Quito y Perú; otra parte de los cuadros destinados a las iglesias procedía de España y se atribuye en su mayoría a alumnos de Zurbarán y Murillo. No entraron al país, sin embargo, obras de algún mérito, venidas de España. Venezuela no fue una Colonia próspera, como México o Perú, y su conquista no sólo fue